



hecho de que ya he superado el proceso de adaptación, algo básico en estas tesisuras”.

Tampoco Diego Taboada (25 años) se fue en su día a Polonia empujado por la crisis: “Simplemente quería aprender otro idioma y tener una experiencia antes de empezar a trabajar en Galicia. De hecho, yo me marché una semana después de haber acabado la carrera”.

En Nidda, una pequeña localidad de la región alemana de Hessen, reside una Alba Valle, 26 años, de Ponteceso, que desempeña su labor en un centro para niños con discapacidad intelectual. Alba nos hace también su particular confesión: “Yo no considero esta opción como una labor humanitaria o, por lo menos, en mi caso no fue un sentimiento de solidaridad el que animó a participar en el proyecto. A mí, realizar este servicio me da la posibilidad de aprender una lengua nueva y crecer a nivel personal y profesional mucho más que si estuviera al lado de casa. No es un trabajo pero, a efectos, es como si lo fuera. Si te vas a Londres a buscar la vida no ganarás, al menos el primer año, mucho más que para pagar los alquileres, la comida y el transporte. En mi caso, este tipo de cosas están totalmente cubiertas”.

En que el SVE “no es un trabajo, aunque la beca incluya “gastos para el bolsillo” se insiste mucho desde las entidades que se han implicado en esta alternativa que aúna solidaridad y experiencia. Una de las más activas en Galicia es la Fundación Paideia, que fue con la que contactaron los jóvenes que protagonizan este reportaje. Solamente el pasado mes de julio, gracias a Paideia emprendieron el voluntariado europeo 18 chicos y chicas, de edades comprendidas entre los 21 y los 30 años, en Dinamarca, Polonia, Bélgica, Francia, Hungría, Italia, Lituania, Rumanía, Alemania, República Checa o Chipre.

Con Paideia contactó un Miguel Álvarez, coruñés de 30 años,



La lucense de Chantada, Marta Lamazares (tercera por la derecha) con niños de la Casa de la Comunidad de Szajol (Hungría).

licenciado en Administración y Dirección de Empresas, que hace muy poco terminó su voluntariado en Eslovaquia, concretamente en un centro de acogida de niños, la mayoría de ellos gitanos. A raíz de esa experiencia, “que en principio nada tiene que ver con mis estudios”, Miguel desvela que “no solo he mejorado mis propias habilidades, sino que he descubierto otras que yo ni sabía que tenía”. Así, y a pesar de que hoy en día está realizando un Master de Recursos Humanos, Álvarez confiesa que “si por mí fuera, yo sería voluntario euro-

peo toda mi vida. La experiencia que he vivido allí ha sido la más gratificante de mi vida. Ahora estoy buscando un trabajo relacionado con mis estudios, pero no me cierro las puertas a nada. De hecho, me encantaría trabajar en una organización de envío y acogida de voluntarios”.

El trabajo que desarrolla Marina Pidal, sí que tiene algo que ver con la carrera en la que se ha licenciado: Psicología. “Estoy en un colegio alternativo -nos cuenta, desde Kritzenorf, cerca de Viena- donde la educación que se aplica está, de alguna manera,

» Marta Lamazares: “Si por mí fuera, yo seguiría aquí (en Hungría) pero en el Voluntariado Europeo no se puede repetir” «

basado en el método de María Montessori. Como le pedimos que especifique, Marina nos concreta en qué consiste tal método: “Son los propios niños, que tienen de 5 a 15 años, los que se reúnen cada semana y deciden las normas de la escuela, administran su tiempo como quieren, eligen qué es lo que quieren aprender en cada momento y cada uno lleva su ritmo”. Sobre esta metodología educativa, Marina cuenta que fue la primera en sorprenderse: “Impresiona mucho al principio -refiere- porque llegas al colegio y ves a un niño que está subiéndose a un árbol y piensas que lo que debería estar haciendo es estudiar o resolver ecuaciones... Pero la semana siguiente ves que ese mismo niño no levanta la cabeza del libro y que hasta es capaz de darte lecciones de Geografía”. La labor de Marina Pidal consiste en “acercar a los niños a la cultura de mi país: cocinamos tortilla o hacemos una empanada, les he enseñado ya la historia del Camino de Santiago y, una de las últimas cosas que se me ha ocurrido, ha sido la de traducirles canciones de Paco Ibáñez y cantarlas con ellos acompañándonos con una guitarra. Pero lo que más les gusta, sobre todo a los más pequeños, es aprender a tocar el piano”. No en balde está en el país de Mozart.



El coruñés Miguel Álvarez muestra su “españolía” en Eslovaquia.



Diego Taboada, durante su estancia en Polonia.

